

EL CINEMATÓGRAFO COMO MEDIO EVANGELIZADOR

...La realidad no sería lo que es, lo que se revela en la verdad, sino también su doble, su sombra, su imagen.
Emmanuel Levinas, Arte y Crítica.

Por MARÍA DE LOURDES MARIÑO FERNÁNDEZ

Considerar el arte un espacio propicio para la evangelización, es una idea que se maneja con soltura y se da por supuesta dentro de los más amplios debates al respecto. Quizás la memoria cristiana halle un nexo entre tal capacidad (evangelizadora) y su antigua vinculación directa con el rito. Es este el arte sagrado, donde la experiencia de la externa sensoriedad que le corresponde, ha alcanzado su determinación formal en conjunción con la teología.

Dentro de la tradición cristiana occidental tales concepciones respecto de la imagen estuvieron centradas fundamentalmente en el carácter pedagógico de su comunicación sensible. En tanto que el oriente cristiano, sin desestimar lo anterior, no dejó de rondar el misterio de la encarnación divina e integró su luminosidad ininteligible en el espacio normado del rito.

De manera que el arte en su multiplicidad, como lo concebimos hoy, deudor de una supuesta autonomía; sólo puede emprender sus posibilidades evangélicas reconciliándose al mismo tiempo con su facultad de transmitir, de ser voz, y también con su silencioso acabamiento, con el límite mudo de su existencia cerrada, finita.

Inmersos en el mundo contemporáneo y a pesar de las innovaciones revolucionadoras, incluso para las artes tradicionales es polémico el hecho de trazarse el objetivo de evangelizar; pues este parece atado de antemano a la claridad dogmática de los catecismos y por lógica selección prescindiría de la naturaleza enrarecida del objeto de arte, difícil de sujetar a una única interpretación sin dobleces o sesgos ambiguos.

Plantearnos tales cuestiones en el caso específico de la cinematografía es doblemente difícil. Su abolengo entre las artes está en considerable demérito por su abrupto surgimiento y por la sofisticación técnica de que requiere. Sin embargo, dejando a un lado la unidireccionalidad de las posturas esencialistas respecto al acto de construcción en que se erige el objeto artístico, donde se valida la obra por supuestos intangibles como la inspiración o el apego a las verdaderas tradiciones (algo imprescindible dentro del marco de la fe y que posibilita el diálogo que es toda religión, pero argumento vagamente romántico en el caso del arte), resulta necesaria una nueva distinción de los lazos del evento artísti-

co con la experiencia religiosa. El objetivo propuesto en este caso, la facultad evangelizadora del medio cinematográfico, constituye una de las aristas contenidas dentro de este fenómeno mucho más amplio que amerita reflexión aparte.

Lo primero a tener en cuenta entonces, serían las posibilidades comunicativas del cine, esto es, de qué manera comunica y cuáles son los diversos niveles de lectura que suscita en el espectador. Un enunciado cualquiera puede encarnarse de diversas maneras dentro de la trama filmica y esas “diversas maneras” llevarían a cabo la transformación (no traducción) del mismo en un ente nuevo, un objeto que se distingue precisamente por no poder ya reducirse al enunciado que anteriormente lo proyectaba como objeto posible.

Lo anterior es importante para que quede zanjado uno de los usos habituales a que está sujeta la cinematografía. La supuesta imparcialidad con que se muestra el objeto dentro de la imagen filmica, y con imparcialidad me refiero a que la aparente ausencia de forma que revela a la cámara en su función de ojo neutral que muestra al mundo correr, trae como consecuencia que generalmente respecto al filme en cuestión todo pueda quedar reducido a los hechos narrados y a las ideas transmitidas directamente por los parlamentos. No es menos cierto que ya con esto empiezan a consumarse varios de sus estratos de lectura, pues el cine es un medio óptimo para transmitir un gran volumen de información visual, sonora y escrita; todo lo cual se receptiona a partir de enunciados concretos en la mente del espectador. Por otra parte, la duración que engendra la imagen en movimiento hace que lo mostrado se desarrolle en un orden tal que pueda ser narrado, y esto deja entrever a su vez la peligrosidad de su fuerte influencia como espejo de conducta, de ahí su diálogo directo con la moral. Ambas funciones forman parte del lenguaje de la cinematografía: la capacidad de transmitir información en una secuencia temporal susceptible de ser narrada atendiendo a una causalidad primaria.

Sin embargo, tales funciones se encuentran también, de una manera u otra, en las demás artes. La singularidad estaría dada por el carácter que desprende esta imagen. Su nivel afectivo es muy alto debido a la transparencia o aparente neutralidad con que se lleva a cabo la representación. El otro mostrado es tan particular, esto es, tan desligado de los

cánones típicos para la representación de lo real, que incluso se duda de su calidad artística. Es por ello que al nivel de las definiciones elementales, cinematógrafo alude, más que a un arte de construir, al aparato que fotografía y proyecta vistas animadas (Ediciones Larousse Argentina, pág. 164).

Lo anterior subordina el hecho de que tal calidad afectiva se desenvuelve de manera subliminal en todo momento de la representación, sin apelar a sensibilidad particular alguna, porque la imagen cinematográfica espejea de manera engañosa un tipo de realidad demasiado parecida a nuestra realidad.

Un arte de tan acendrada verosimilitud propicia un receptor pasivo por excelencia, cuya emotividad a flor de piel se desencadena con la violencia del público de las gradas circenses. Otras formas de arte movilizan con mayor sutileza las capacidades activas del hombre para tender lazos con lo real. En el cine parece que todo está dado y que uno se limita a observar sin mayores compromisos, ni consecuencias. No obstante, por paradójico que parezca, a mayor pasividad (adormecimiento de las capacidades intelectivas) del espectador la implicación activa de su proceso receptivo será más violenta y engeguada si tenemos en cuenta que la crispación de nervios y la sensación de impotencia ante los hechos viene dada por una función proyectiva muy primitiva.

Tener todo este complejo entramado definido con alguna claridad es imprescindible si nos planteamos la función de evangelizar con el medio cinematográfico, pues con lo antes expuesto queda muy claro que ya no sólo se trata de transmitir un cúmulo de información bien documentada o de hacer más llevadera la comunicación narrando los acontecimientos para que funcionen como ejemplos de la conducta a seguir. Sin desentenderse de lo anterior hay que prestar mucha atención a la afección directa con que nos interpela la imagen fílmica, porque si no está este sustrato básico de su característica estrategia comunicativa, la representación corre el riesgo de convertirse en una caricatura infantil del bien y el mal. He aquí el punto débil de las realizaciones para adolescentes y jóvenes que circulan con frecuencia en el ámbito eclesial. Las normas están, pero las personas se conducen como autómatas en su consecución. Falta la afección, la incertidumbre, la representación del abismo que es cada hombre y por el cual, para dolor suyo, termina muchas veces haciendo un mal que no quiere. Las telenovelas tienen más éxito no por mostrar una historia más entretenida, sino por haber aprendido a manipular con mayor sofisticación el diálogo emotivo con las circunstancias y los personajes. Estos nunca expresan de manera frontal la amoralidad que los caracteriza, antes bien se desenvuelven en estrategias de seducción subliminal que determinan de un modo semiinconsciente la recepción sin escrúpulos. Ahora bien, la necesidad de evadir estos casos extremos que tienen un éxito tan marcado y que no se disponen de ninguna manera hacia objetivos evangelizadores, hace que en muchas circunstancias se opte por cierta sensiblería moralizante, típicamente norteamericana, que desazona el espíritu en la tibieza. Ni una cosa, ni otra. Lo importante no es tanto ser un espectador avezado, como

una persona que no tenga miedo a sentirse interpelado por la representación de una realidad que no tiene que ser directamente acorde a su experiencia o a sus códigos, pero que, por el solo hecho de existir, ya está hablando de un otro distinto que necesita ser acogido al menos en el ámbito de lo posible. Por supuesto, en este caso se da por sentado que nos movemos en un espacio donde la célula básica de la composición cinematográfica, ya sea en la televisión o en los cines, ha podido subvertir las estrategias manipuladoras de los productos masivos.

Si bien esta es la situación actual del medio en cuestión, el espacio de menores referencias técnicas para un público amplio, no menos importante resulta ahondar un instante en el hecho de la evangelización como acción a que estamos llamados todos los cristianos en nuestras particulares circunstancias.

Ciertamente el contexto global impone la necesidad de métodos distintos, la vacuidad de las palabras que se amotan en consignas religiosas, políticas y comerciales rebaja en grado extremo la veracidad que puede tener hoy para el mundo nuestro ofrecimiento de un credo. Ante opciones de toda índole el católico sufre hoy el peor de los desprecios en buena parte del orbe: la indolencia pueril y el escándalo por descrédito. Pareciera que el mundo en su ceguera, para volver a creer, nos pidiera lo mismo que Jesús al pueblo de Israel: conversión de corazón. Se plantea entonces la necesidad de recorrer el camino inverso a como tradicionalmente se ha llevado a cabo la evangelización, ya no se trata únicamente de ofrecer la buena nueva para transformar la vida sino ofrecer vidas transformadas que espejen la buena nueva de Dios. Porque sólo en el ancla firme de la vida transformada de un hombre, las palabras volverán a cobrar sentido y coherencia. Dialogar con el mundo no puede ser para el cristiano un mero intercambio intelectual, aunque también pueda desarrollarse en ese espacio, su vocación tiene que ser la del amor que absorba todas las dimensiones de su persona y se desborde tendiendo puentes al exterior. En la primera nota dentro de la Contemplación para alcanzar



Franco Zeffirelli (1923-), director y decorador de cine, teatro y ópera italiano. Dirigió los filmes de contenido religioso *Hermano Sol*, *hermana Luna* (1972) y *Jesús de Nazaret* (1978).

amor, de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, el santo dice:

“Primero conviene advertir en dos cosas:

La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras.

La segunda, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas y así el otro al otro.”

El amor implica la voluntad de comunicar, no emplear un slogan. Este, como otras tantas cosas, también comunica, pero dentro de la dinámica cristiana llevar la buena nueva significa compartir con el otro lo que uno tiene para vivir. Y este amor no entiende de las divisiones profesionales del trabajo, lo invade todo para transformar las normas establecidas de comercio con lo real. La palabra comercio no es casual en este caso. El dar y comunicar que menciona San Ignacio se encuentra desvirtuado en nuestro mundo por la necesidad de un valor de cambio que establezca la voluntad de compartir con una respuesta rápida y efectiva. Sin embargo, la Pasión callada del Señor es la roca donde se deshacen los jolgorios vanos dispuestos sólo para los frutos del momento. Hay que aprender a transmitir todo lo bueno que creemos que Dios ha dado, con las melodías silenciosas del esfuerzo cotidiano, pero también y sobre todo con la determinación de una vida, con la presencia radical que sale al paso y nos conmueve por la rotundidad de su existencia. Así evangelizó Jesús en la hora de la muerte.

Una palabra en ocasiones mal entendida dentro de los Ejercicios Espirituales es *reflexionar*. San Ignacio recomienda, en cada una de las Meditaciones para alcanzar amor, terminar reflejando interiormente el amor de Dios que se ha podido admirar en la existencia, en la creación y sus criaturas, en la transformación continua donde el mundo se redime. Reflexionar no es reflexionar, sino reflejar. A la luz de la experiencia del amor de Dios presente en la creación, reflejar en sí mismo su paso incluye en el proceso de evangelización las propias afecciones, un movimiento que aunque de sutil naturaleza no puede ser desestimado en lo absoluto por poco efectivo. Se trata de transformar de dentro hacia afuera, el camino inverso que normalmente se sigue en el proceso evangelizador.

Sobrevolar un poco sobre estos temas ha podido quizás reconducir los presupuestos habituales para hallar puntos de convergencia en terrenos dispares y aunar esfuerzos en la misión de hoy.

La circunstancia por la cual la cinematografía ha sido desestimada en cuanto arte es precisamente porque refleja con demasiada claridad. Salvando las abismales distancias entre los dos actos de reflejar a que se han hecho referencia en este texto, no cabe duda de que al menos como soporte técnico básico el cinematógrafo es capaz de activar los sentidos cuando permanecen dormidos por la cotidianidad de su paso. No obstante, hablar de reflejos y espejos no deja de

producir cierto vértigo. Y la conmoción no está en la perfección de la imagen, sino en el incidente de que este doble se perfila entre sesgos enrarecidos donde parece que la imagen continúa y por tanto cobraría vida propia.

He aquí los peligros del artificio como obra demoníaca, que puede engañar la conciencia y crear mundos imaginarios que en lugar de activar los sentidos de lo real se cerrarían en el mismo círculo de la representación, la cual comenzaría a ser viciosa. De ahí el peligro de la pasividad requerida por el espectador cinematográfico, pues con demasiada facilidad todo puede convertirse en ensueño. Precisamente ante este temor es que se pretende educar al espectador para activar su capacidad crítica. El problema sería que esta capacidad crítica sólo se entrena para los planos intelectual y de acción concreta.

El especialista es profesional en su materia y sólo se permite apuntes en cuanto al contenido y la forma. El espectador corriente puede tener una formación moral que ponga freno a la permisividad sin límites de estos tiempos. Si la calidad de la obra permite algo común entre ambos, debiera ser la necesidad de hacer de la misma una experiencia, y tan mezclada a la vida que se asuma también como parte de ella. Inevitablemente esto resulta vago y de resultados poco convincentes, sobre todo cuando se contraponen a la racionalidad positivista que todavía impera en el mundo de hoy. La experiencia está a medio camino entre el intelecto, la acción y la afectividad (aunque tiene buena parte en la tercera de estas en la medida en que tiende a demorar las definiciones por querer dejar estar a eso otro que perturba). Es el espacio previo, el terreno propicio a la futura fecundación del espíritu. También la distancia necesaria que hace que entre uno mismo y el mundo esté mediando Dios.

No hay una metodología previa para seguir este camino y hacerlo seguir a otros, tan solo hay medios capaces de fomentar una disposición amorosa para el encuentro.

“Intenta comprender este punto. Las criaturas racionales, como los hombres y los ángeles, poseen dos facultades principales: la facultad de conocer y la facultad de amar.

“Nadie puede comprender totalmente al Dios increado con su entendimiento; pero cada uno, de maneras diferentes, puede captarlo plenamente por el amor.”

[Anónimo inglés del siglo XIV, La nube del No-Saber]



1- Término empleado por San Ignacio de Loyola en los *Ejercicios Espirituales* para expresar, en la oración contemplativa, el necesario vaciamiento interior previo a la aceptación de la realidad que Dios comunica.

2- Gerundio del término *reflexionar*, también usado por San Ignacio.